



Ediciones en Danza
próximos títulos

4. El cántaro

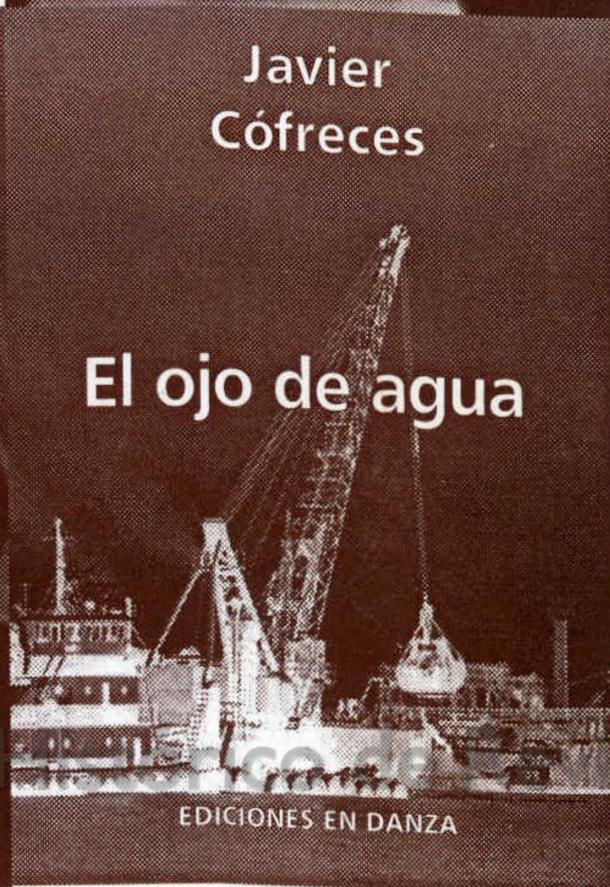
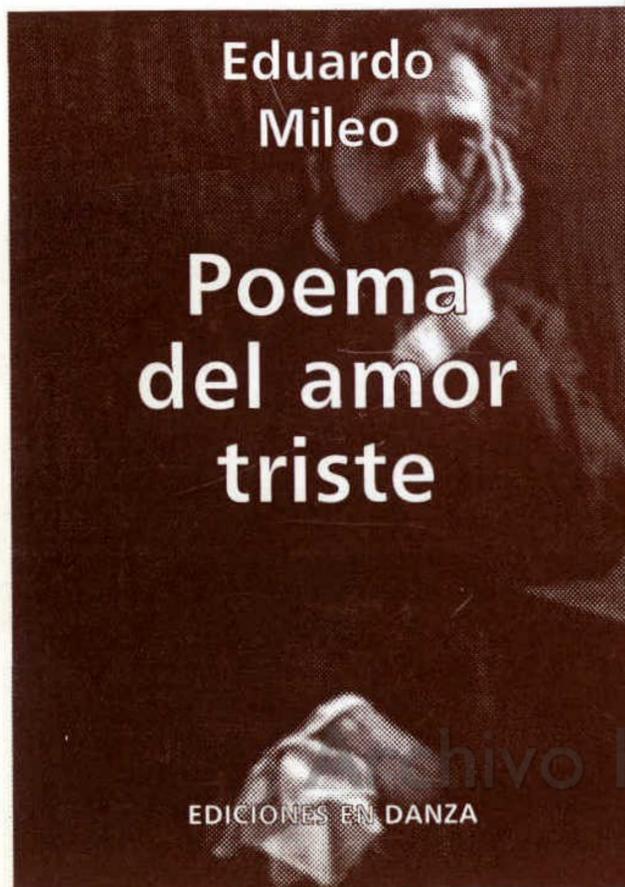
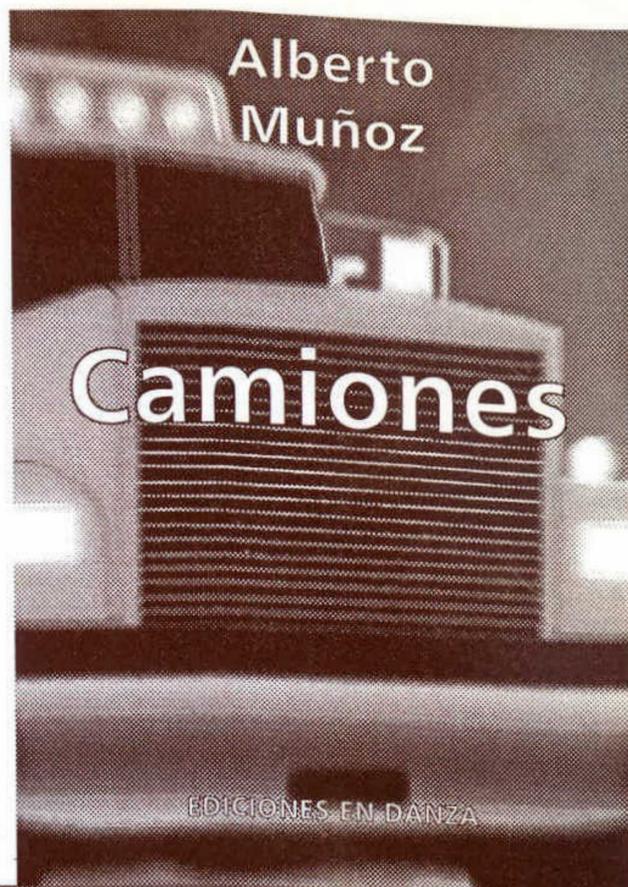
Antología e inéditos de Beatriz Vallejos

5. Los móviles secretos

Antología e inéditos de Carlos Latorre

6. A otro hablar

Antología e inéditos de Jorge L. Escudero



LA DANZA DEL RATÓN / 19



la danza del ratón/19

Eros Bortolato:
Un poeta en el desierto

Unica Zürn:
Primavera oscura

Miyó Vestrini:
Gritos al corazón

Miguel Ángel Bustos, Jonio González, Graciela Cros,
Cuatro poetas judíos, Pablo Kersner, Osvaldo Aguirre.

Argentinias | www.abira.com.ar

EDITORIAL

En este penúltimo número de *La Danza del Ratón* publicamos a varios poetas argentinos que siempre estuvieron en puerta, prestos a ser incluidos, y que por distintos motivos quedaron afuera. La revista se acaba y no nos quisimos resignar a que sus nombres no figuraran en el sumario general que preparamos para el próximo N° 20. Me refiero a Miguel Ángel Bustos, Francisco Urondo, Juan L. Ortiz, Raúl Gustavo Aguirre (aunque unas líneas suyas inauguraran el N° 1 de la revista) y Rodolfo Alonso. También nos ocupamos de la obra de un poeta rosarino muy poco conocido, Eros Bortolato, ratificando una consigna común: difundir la obra de autores ignorados o desatendidos en tiempo y forma por los medios y por los mismos lectores que desconocieron sus trabajos. Publicamos en este número, a modo de homenaje a los poetas que dejaron la vida en su lucha social o política, los textos de cuatro escritores judíos asesinados en la Unión Soviética por el régimen stalinista. Además de poemas inéditos de Jonio González y Graciela Cros, incluimos textos de Pablo Kersner y Osvaldo Aguirre, autores que editamos hace más de quince años, cuando nos remitieron sus primeros trabajos. Completan el número la antología temática (alcoholes) y las notas dedicadas a dos escritoras: Unica Zürn, surrealista alemana, inédita en castellano, y Miyó Vestri, poeta venezolana muy poco difundida en la Argentina.

Es lo que hay, junto a un íntimo orgullo de estar convencidos de que el nivel poético de esta edición es gratificante; aunque asumamos la crónica insuficiencia del limitado canal de divulgación en el que participamos. Sin perjuicio de que este año, por primera vez, la Secretaría de Cultura de la Nación habilitó un stand para pequeñas editoriales en la Feria del Libro. Últimamente, observamos que las librerías y los kioscos exhiben más revistas independientes dedicadas a la poesía que hace algunos años, lo cual no deja de ser un síntoma estimulante. En los años en los que editamos *La Danza del Ratón* no conocimos otra alternativa de difusión que la autogestión para promover la poesía. Ese sitio se instala en la vereda de enfrente del que rige las pautas comerciales del mercado. Es una realidad a la que cuesta torcerle el brazo. No importa. Importan las voces que nos dan vuelta la cabeza y los sentidos. Importan los versos que alimentan y oxigenan un destino diferente del que propician los consultores de marketing, que observan todo desde su miopía mezquina. Pero hay un envión que no se sosiega con pautas y estrategias; hay un fervor que no se direcciona con medidas y tendencias. Hay otro lugar (donde nos instalamos desde hace 20 años), incompatible con estos tiempos de clichés mediáticos, en el que buscamos otra cosa. Allí nos quedamos; hacia allí nos dirigimos.

Hasta la próxima, que también va a llegar.

Javier Cófreces
Julio / 2001

SUMARIO

Eros Bortolato: *Un poeta en el desierto* /5

Unica Zürn: *Primavera oscura* /11

Miguel Ángel Bustos: *Tres textos* /19

Miyó Vestrini: *Gritos al corazón* /21

Cuatro poetas judíos: *Sin tiro de gracia* /26

Antología temática: *Alcoholes* /29

Jonio González: *Encuentro de naufragos* /34

Graciela Cros: *No hablo su dialecto* /36

Pablo Kersner: *Construcciones* /39

Oswaldo Aguirre: *Las vueltas del camino* /42

Esta revista ha sido seleccionada para el Plan de Promoción a la Edición de Revistas Culturales de la Secretaría y Medios de Comunicación de la Presidencia de la Nación.

la danza del ratón

Julio 2001

Año 21 N° 19

Dirección: Javier Cofreces y Jonio González.

Arte: Sergio Kern.

Consejo Editorial: Miguel Gaya y Eduardo Mileo.

Colaboraron en este número:

Rodolfo Alonso, Osvaldo Aguirre, Esther Andradi, Sandro Barrella, Graciela Cros, Sebastián Di Silvestro, Reynaldo Jiménez, Pablo Kersner, José Luis Mangieri, Alberto Muñoz, Víctor Redondo, Alejandro Schmidt, Claudia Schvartz, Mario Varela, Carlos Vitale.

Diagramación: María R. Mó.

Corrección: Eduardo Mileo.

Composición y armado: Cronopio Azul.

La Danza del Ratón es una publicación de Ediciones en Danza. Gaspar Melchor de Jovellanos 1068 (1269) Cap. Fed. Telefax: 4301-5031. E-mail: cofreces@cvtci.com.ar Registro de la propiedad intelectual N° 105.229.

Se autoriza la reproducción total o parcial del material publicado citando fuente y autor y enviando dos ejemplares de la publicación correspondiente

Eros Bortolato

Un poeta en el desierto



Si es cierto que cada poeta se distingue por dar sentido a ciertas palabras, a determinada representación, en el caso de Eros Fernán Bortolato esa posible clave se anuda en la idea de desierto. El término dio título a uno de sus libros y asumió en su pensamiento el carácter de una metáfora de la soledad, condición que definía para él, más que la situación del escritor, la del género humano. En el transcurso de su vida, y todavía más después de su muerte, el desierto se ha extendido en torno a su obra, de escasa o nula difusión.

Bortolato nació en Ro-

sario el 15 de enero de 1931 y falleció en la misma ciudad el 2 de octubre de 1994. Según una reseña publicada en la revista Poesía de Rosario, se desempeñó como profesor de ciencias fisicomatemáticas y publicó dos libros, *Conjugación de la palabra* (1970; mención en el premio provincial de poesía José Pedroni) y *Desiertos* (1977), este último en una edición precaria (tipiada en *stencils*) de 200 ejemplares. Además fue finalista del premio Seix Barral de novela con *Ahora viene el olvido*, obra que nunca publicó. También trabajó como plástico, y realizó varias muestras de pintura en Rosario.

"Era un fanático total de su propia literatura", dice Elvio E. Gandolfo, quien trató a Bortolato en Rosario. "Recuerdo que una noche nos invitó a cenar y una vez comidos los postres vino el plato fuerte: nos leería algunos fragmentos de su novela, que

acababa de salir mencionada en el Seix-Barral. Era un plato, porque a cada personaje le había asignado un animal-emblema (pongamos que una secretaria linda era la gacela; o un oso su jefe). Se había comprado en una librería sellos de goma con imágenes de animales, y cuando a cada 'animal' humano le tocaba el primer plano en ese capítulo, estaba impreso el sello al principio. Leyó y leyó."

Esa pasión desbordante tuvo otro registro en sus recitales, de los que se conservan varias grabaciones (una de ellas junto con Guillermo Harvey, otro poeta oculto de Rosario). Bortolato alternaba la lectura de sus textos con reflexiones y declaraciones de poética. Al respecto, una de sus propuestas personales es quizá la del poema como mecanismo de transformación donde las palabras y las frases circulan "en rotación constante, en busca perpetua

de su sentido final", de manera análoga a las células y los átomos, que "son transformadores de energía y vida", mientras el poema opera en el campo de las representaciones simbólicas. Consideraba que el poeta actuaba como "un revelador de verdades esenciales" y que se definía, antes que por elecciones estéticas, a través de la conciencia de su estar en el mundo, lo que equivalía a la asunción de la soledad.

El propósito del escritor, decía, es "revelar al hombre, y la manera más fehaciente es hacerlo a través de sí mismo. Esta revelación es el significado último de todo poema". La búsqueda encontraba su camino "por debajo del nivel normal de la conciencia humana (...) bajo la corteza de la conducta y el pensamiento convencionales". A modo de ilustración sobre el carácter de la revelación, Bortolato decía que, por ejemplo al tratar un paisaje, la poesía no describe lo que está a la vista, sino que descubre lo que subyace a las aparien-

cias. Esta idea se relaciona con una conocida concepción de Borges: la del hecho estético como la percepción de una presencia en trance de aparecer, o bien que acaba de perderse. Para el escritor rosarino, el poema manifiesta "la resurrección de la experiencia y su transmutación".

Bortolato defendía su soledad con cierta virulencia: "En general el poeta es incapaz de encajar dentro de la estructura de una sociedad igualitaria", proclamaba. Y todavía con mayor énfasis: "Acuso al mundo de invadir mi rincón de soledad tranquila, de haberme llenado de preocupaciones y de rumores". No obstante, se situaba en una cierta tensión: "Vivir es nostalgia y ansia de comunión", decía, y al mismo tiempo afirmación de una soledad esencial; el hombre trata de definirse en soledad y a la vez desea salir de sí para rehacer el lazo con los demás. "Esta soledad -agregaba- se me manifiesta con las características físicas y alarmantes de un de-

sierto. Este desierto personal se descubre como un paisaje familiar, natal, doméstico. Cualquier alteración de sus matices me perturba como una afrenta, una violación casi. Los desiertos son mis desiertos. Mis áreas de soledad, de meditación, de recogimiento, casi un útero. Un recinto protector." Pero la soledad tenía un límite que fijaba la misma escritura, ya que la poesía necesariamente se dirige a los otros. En uno de sus recitales, apuntó: "Algunas veces me dejo llevar por la ilusión de que toda auténtica idea poética es un estímulo para el corazón humano y que escribiendo puedo yo hacer algo por los hombres, aunque mis lectores sean poquísimos".

Ahora Eros Bortolato es un escritor desconocido, literalmente y en todos los sentidos. Acceder a su obra es importante porque, como él mismo decía, "si el hombre olvidase la poesía se olvidaría de sí mismo, regresaría al caos original".

O. A.

I

De pronto
el arco de la tarde
sin motivos
dispara dardos
certeros de veneno,

une con tormentas
el flujo decisivo
de los nervios,

voltea ilusiones,
omite vínculos,
conmueve al músculo

y enhebra con sapiencia
mi desamparo animal.

II

Desde el alba vital
sólo es tropiezo:
asir
desconociendo la talla del objeto,
amar
en la nebulosa elemental de la ignorancia,
crecer
con la carencia de gérmenes amigos,
de sangres semejantes.

Desde la primera vivencia
sólo es dolor:
llorar
ante la inesperada demora
del pezón alimentario,
dormir
en la búsqueda o en la exploración
de mundos prometidos,
gozar

lo incierto de un aroma o el color sutil
o la palabra falsa.

Desde el anticipo del grito
todo es cuidado:
oler
la proximidad del peligro
o los misterios,
alimentar
aquellas fauces
que ya nos han mordido,
tañer
las cuerdas flojas de un instrumento
ajeno.

Así,
de duda en duda,
únicamente nos quedan
como auténticas
—aunque lacerante vínculo activo—
unas pocas, crueles, hirientes,
filosas, totales, intensas,
volcánicas miradas,
a pesar de todo.

III

Aunque divaguemos
sobre la austeridad
y la clemencia,
inspirados
por la marejada renovadora
de la angustia,
un destino
cualquier destino
prospera sumergido en la inmundicia
o soslaya el ancla del respeto
a causa
de la universalidad del hambre
y de la alevosía del amor.

IV

Siempre
un acorde es como un grito desoído:
sucesión sonora
de técnicas fugaces
y fundamentos casuales:
así, cuando vorágines sacuden poros y fibras,
órganos, emociones
y descansos
aguardamos la suavidad de una madeja
para palparnos
corazón al centro
y epidermis de trompas
y bocinas
de heridas y alientos y lujurias
desprendidas
del celaje que disimula la crueldad.

V

No sugieran intenciones
ni aparentes equilibrios
ni siquiera giros
alrededor del presente
o reflejos derivados
de lo ya acaecido,
dolores viejos
o nuevas fundiciones
elaborando momentos;
no hay más caminos
en persecución de vitales estertores
porque
en pedregosas respiraciones
han cedido
hasta el candor local de lo imposible.

VI

Creo
que estallaré
cautivo de estos retornos retorcidos
porque sobre mis vértebras se apoya
un envión peligroso.

Siento que el anhelo crece
y los extremos de su lanza
tocan el cielo de mi pecho
provocando una lluvia de apetitos.

Su embrión
germina en mí, violento;
su embate
recorre el trópico
de mis manifestaciones,
ciñe la superficie de la nuca
pretendiendo la muerte
por todo lo comprendido.

Gran estatura

A solas en todas partes
a solas en el dibujo sinuoso del paisaje
a solas muy profundamente
a solas para las miradas
a solas, tristes, disueltos,
más terribles que el fuego todavía.

A solas contra el orden
a solas en las penumbras
a solas frente a un espejo
a solas, cuando el corazón de la tierra
erige su tótem irascible,

así alcanzamos toda la estatura.

(Poemas editados en *Desiertos*)

Unica Zürn

Primavera oscura



De todas las mujeres relacionadas con el surrealismo, Unica Zürn es la menos conocida, y ello a pesar de que tal vez haya sido el autor de esta tendencia, hombre o mujer, que más lejos llevó su aventura vital. De ella, acaba de aparecer en Francia, publicado por Joëlle Losfeld, *Vacances à Maison Blanche. Derniers écrits et autres inédits*, traducido al francés y prologado por Ruth Henry, amiga de la autora. Como recordaba recientemente Victoria Combalía, con *El hombre jazmín* (escrito en 1965, traducido al francés en 1971 y saludado por Michel Leiris como el libro más importante apa-

recido ese año) y *Primavera sombría* (1971, texto autobiográfico en el que Zürn refiere sus experiencias eróticas de infancia), *Vacances à Maison Blanche*, irónico título que hace referencia a una de las clínicas psiquiátricas en que estuvo internada, configura una trilogía que actualiza la obra y la figura de esta autora prácticamente inédita en el ámbito de la lengua castellana (su ausencia en la antología de Pellegrini es por demás sorprendente).

Nacida en Berlín en 1916, Zürn trabajó como dramaturga en la UFA. En 1953, tras divorciarse de su primer marido y perder la custodia de sus dos hijos, conoció al artista y fotógrafo Hans Bellmer y marchó con él a París. Para William Ewing no existe visión surrealista "más perturbadora que la obsesiva pesadilla sexual" del artista alemán, responsable de la célebre "Poupée", una muñeca articulada confeccionada en yeso que

puede articularse de múltiples maneras, expresando los "más profundos miedos y obsesiones eróticas" de su creador. Esta suerte de anatomía de la ansiedad que remitía al mal y la muerte, y que Bellmer reflejaba en fotografías inquietantes, parecía inspirada (aunque el proyecto inicial data de los años treinta) en la misma Unica Zürn. Ésta, que también sirvió al artista como modelo en una serie de fotos en que su cuerpo aparece atado con una cuerda como si de un trozo de carne se tratara, mantenía con Bellmer una relación masoquista que ella aceptaba con extraña lucidez ("es mi destino el ser una eterna víctima", escribió al respecto) y que guardaba relación con su propia vida.

Descrita por André Pieyre de Mandiargues como "una belleza diabólica, sabia, sutil, alucinada, intuitiva, un poco cruel, con un gran sentido del humor", Unica Zürn, en com-

pañía de Bellmer, comenzó a frecuentar los círculos surrealistas parisienses, en particular a Michaux (de quien estuvo enamorada durante largos años) y a algunos miembros de la llamada "segunda generación", integrada por Matta, Klossovski etc. Resulta imposible no relacionarla con otra gran escritora de esta tendencia, Leonora Carrington, sobre todo en lo que se refiere a yuxtaponer memoria y alucinación, como señala Katharine Conley en su libro *Automatic Woman: The Representation of Woman in Su-*

rrealism. Sin embargo, a diferencia de la escritora y pintora inglesa, Zürn nunca quiso salir del laberinto de locura en que se movía desde la infancia. Fascinada por los estados mentales alterados, con un estilo directo y objetivo, en palabras de Combalía, examinó literariamente sus experiencias alucinatorias en una suerte de ejercicio caracterizado por el deseo de delirio y la pasión por lo extraordinario ("ya sé por qué escribo: para estar enferma más tiempo del que debería").

En París, su vida estuvo

signada por las estrecheces económicas y, durante los ocho últimos años, por estancias en instituciones psiquiátricas, en una de las cuales fue paciente del doctor Ferdière, quien también había tratado a Artaud. Musa de sí misma, dueña absoluta de sus deseos, especie de Nadja que no necesitaba de nadie que la expresara, Única Zürn puso fin a su vida el 19 de octubre de 1970, saltando por la ventana del piso que compartía con Bellmer.

J. G.

Primavera oscura (fragmento)

El primer hombre al que encuentra es su padre: voz profunda, cejas pobladas que forman un hermoso arco sobre unos ojos negros, sonrientes. Cuando la besa la pincha con la barba. Huele a cigarrillo, a humo, a cuero y a agua de colonia. Sus botas crujen; su voz es sonora y cálida; su ternura, a un tiempo apasionada y divertida. Hace chistes y bromea al-

rededor de la cuna donde se encuentra la niña. Ha venido a casa procedente de la guerra tan pronto como se ha enterado de que ella ha nacido. La primera impresión que la niña tiene de él es honda e inolvidable. Lo prefiere a la mujer que suele estar cerca de ella. Su olor, sus manos finas y fuertes, ¡su voz profunda!

Pero en cuanto crece la

niña hace un doloroso descubrimiento: se da cuenta de que aquel hombre casi nunca está en casa. Percibe su ausencia. Él hace de sí mismo un ser excepcional, y a alguien que hace de sí mismo un ser excepcional se lo echa de menos.

Cuando se ven después de una larga ausencia, él le besa el dorso de la mano, como si se hallase ante una dama importante. Ella se

siente profundamente atraída hacia ese hombre, que vuelve a dejar la casa, en estado de completa turbación. Regresa al cabo de pocos meses, bronceado y tranquilo.

Ella no sabe en qué invierte el tiempo ese hombre. Siente el magnetismo de alguien que hace de sí mismo un ser excepcional y misterioso. Así es como la niña aprende su primera lección. Él trae sus amigos a casa. La llaman "princesa". La lanzan al aire y la atrapan en el último instante, luego de la terrible caída, pero ella se fía de todo lo que provenga de un hombre. A sus ojos, él se convierte en un gran mago, capaz de lograr lo que sea, aun lo más fantástico. En el segundo año de vida, la niña oye su primera canción. La guerra está llegando a su fin. Ella baja por una calle en su cochecito y pasa por delante de una terraza donde muchos soldados grises están sentados bajo un tejado, junto a sus armas.

Están entonando una vieja canción de soldados, que se abre paso, triste y trágica, en el día gris y lluvioso: "Diez mil hombres

marcharon a la batalla, bomborombón, bomborombón, marcharon a la batalla, bomborombón...".

La niñera suelta el cochecito, se apoya contra la pared de ladrillo y se echa a llorar. La niña, presa de una premonición terrible, comienza a gritar por su padre, como si éste corriese peligro de muerte.

Pero la guerra termina y el padre vuelve a casa. Transformado en un hombre taciturno y delgado, se sienta a su escritorio. Un escritorio gigantesco cubierto de papeles. Una lámpara con una pantalla verde ilumina su rostro hermoso y triste. Tiene aspecto de enfermo. Ella no sabe que ha estado a punto de morir de fiebre tifoidea justo en el momento en que gritaba por él.

La niña se sienta en la oscuridad debajo del escritorio y da golpecitos en sus brillantes zapatos. Lo mira, del mismo modo en que mira a los hombres y mujeres que hay en la casa, cada uno de los cuales, dependiendo de su sexo, hace cosas diferentes. Cuando ella está acostada en su cuarto y todos dan por supuesto que duerme,

observa la cruz de la ventana. La forma de esa cruz le hace pensar en un hombre y una mujer: la línea vertical es el hombre, la línea horizontal es la mujer. El punto en que las dos líneas se unen constituye un misterio. (Ella no sabe nada del amor.) Los hombres usan pantalones; las mujeres, falda. La niña intenta averiguar qué ocultan los pantalones observando a su hermano. Lo que ve entre las piernas de éste cuando se quita la ropa le recuerda a una llave, y ella misma lleva la cerradura en el regazo. Como todos los niños, descubre el propósito de ambos sexos. Solo, cuando nadie la ve, inspecciona la biblioteca de su padre en busca de ilustraciones reveladoras. Encuentra una enciclopedia con imágenes de personas desnudas que se parecen a ella y a su hermano.

Comienza un largo período signado por el cuerpo del hombre. Se siente absolutamente fascinada. Su padre, a quien observa con curiosidad mientras se viste, advierte su intención de descubrir lo prohibido y, avergonzado, oculta sus genitales a la mirada de la

niña. Pero ella está poseída por un anhelo irremediable. Una gris mañana de sábado, se desliza en la cama de su madre, sobrecogida ante ese cuerpo grande y gordo que ya ha perdido su belleza. La insatisfecha mujer la ataca con una boca húmeda y abierta, de la que emerge una lengua desnuda, larga como el objeto que su hermano cubre con los pantalones. Horrorizada y profundamente ofendida, la niña abandona el lecho de un salto. Una intensa aversión hacia su madre y todas las mujeres empieza a crecer en su interior. La niña no sabe que el matrimonio de sus padres ha fracasado, pero lo sospecha un día en que él trae a la casa a una mujer desconocida, bella y elegante que le regala una muñeca grande y hermosa. En venganza por la situación de infelicidad que se vive en la casa, que la sume en la desesperación, la niña toma un cuchillo y arranca los ojos de la muñeca. Le abre el vientre de un tajo y hace trizas sus delicadas ropas. Ningún adulto dice nada sobre este acto de destrucción. La niña mira

a su padre que, abstraído por completo en la visión de esa bella y elegante mujer, se ha olvidado de la presencia de su hija. La niña, que se siente terriblemente sola, comienza a odiar el mundo de los adultos. De pronto se presenta el esposo de la hermosa mujer (es gordo, blanco y rubio, de tipo escandinavo) y la madre lo colma de halagos, como si fuese lo que se espera de ella. Ahora hay en la casa dos parejas, ninguna de las cuales trata de mantener su relación en secreto. Para librarse de la niña, que no hace más que fisgar, la madre la envía a la cama después del almuerzo. El cuarto está a oscuras y a la niña le resulta imposible dormir. No para de pensar que tiene que dar con su complemento. Se lleva a la cama todos los objetos largos y duros que encuentra en la habitación y los desliza entre sus piernas: unas tijeras frías y brillantes, una regla, un peine y el mango de un cepillo para el pelo. Mientras mantiene la vista fija en la cruz de la ventana, busca la contrapartida masculina de su cuerpo. Cabalga so-

bre la fría barandilla metálica de la cama. Se quita la cadena de oro que lleva al cuello y se la pasa hacia adelante y hacia atrás por la entrepierna. Está al borde del delirio, hasta que empieza a dolerle. Se levanta con lentitud, se desnuda y se pone a horcajadas sobre la barandilla. La primera vez que se sintió sexualmente excitada fue mientras dormía; desde entonces, ha aprendido a recrear esa situación siempre que quiere.

Una mañana se levanta recordando que algo extraordinario le ha ocurrido durante la noche. Pero jugar con su cuerpo la ha dejado exhausta. El corazón le late con violencia, y apenas si puede respirar. Está pálida y hay sombras oscuras debajo de sus ojos. Su padre se enamora de su fragilidad y la llama "pequeño marfil". La niña pronto cumplirá doce años, y él sigue siendo el hombre que prefiere por encima de todos. Su hermosa novia se ha ido. La fragancia de su intenso perfume permanece por mucho tiempo en las habitaciones. La madre ha encontrado un nuevo amante

que cubre a la niña de regalos. El padre ha emprendido un viaje por Oriente Próximo. Le envía postales en las que aparecen mujeres cubiertas con velos. La casa permanece tranquila y en silencio. Nadie presta atención a la niña. Entonces, un día, aparece una nueva y extraña criatura en la forma de una joven sirvienta, una tal Frieda Splitter. Muy pronto, la niña no puede separarse de su lado. Sigue a Frieda a todas partes, mientras ésta hace las tareas de la casa. Después del almuerzo, Frieda se acuesta en su cuarto y lee un grueso libro titulado El castillo de Stolzenbeg. La portada muestra la colorida imagen de un joven y apuesto conde que cabalga a lomos de un caballo blanco. Una pluma verde adorna su sombrero. Tiene un halcón posado en el hombro. Su amante está oculta entre los arbustos. Frieda se ha quitado el vestido. Lleva una combinación violeta de seda con un lazo blanco. Tiene los labios pintados y su cabello, negro y rizado, cae sobre sus hombros, blancos y desnudos. Su perfume huele a jaz-

mín. Sus uñas son largas y rojas. Mientras lee, Frieda fuma y come bombones de praliné. Tiene todo el aspecto de una dama elegante. La niña se tiende sobre el vientre de Frieda y presiona la boca contra sus labios, en un intento de atrapar el humo del cigarrillo. Frieda le permite hacer lo que se le antoje: acariciarla, besarla, tirarle del pelo, hacerle cosquillas en la planta de los pies. Frieda tiene dieciocho años y quiere ser estrella de cine. Todos los sábados por la noche va a bailar. La niña la observa cambiarse la ropa interior púrpura por otra de color negro. Empolvase y perfumarse las axilas, aplicarse perfume en las orejas y debajo de las bragas. A Frieda no le incomoda la presencia de la niña, que permanece sentada en la cama, en actitud reverente, atenta a cada uno de sus movimientos, pues para ella se ha convertido en el centro de todo lo maravilloso. Su cómoda está llena de ropa interior de seda adornada con lazos. Tiene una colección de preciosas jaboneras. Los cajones de la cómoda huelen igual que

una perfumería, y usa ligas a las que ha cosido rosas de seda. Sin embargo, a pesar de ser tan bella tiene que trabajar como una esclava en una casa inmensa llena de habitaciones enormes. Se trata de un trabajo duro, y Frieda es muy delicada; por las noches cae rendida en la cama. Desgraciadamente, tiene un novio repulsivo: un viejo calvo, de vientre abultado, que cada sábado por la tarde pasa a recogerla en un coche.

La niña desea que Frieda se case con un príncipe joven y apuesto y que juntos vivan en el castillo de Stolzenberg. Pero la madre ya no tolera la presencia en la casa de una mujer tan joven y delgada. Está muy celosa porque desde hace un tiempo la niña sólo habla de Frieda Splitter. Finalmente, despedido a la muchacha con la excusa de que no trabaja lo suficiente. La niña se siente desconsolada. La sirvienta que la reemplaza es fea y jorobada. Las maravillosas horas en la habitación de Frieda son cosa del pasado. El lugar ya no tiene su olor. La niña encuentra un pendiente que había

pertenecido a la muchacha y lo guarda entre sus tesoros.

Una tarde recibe la visita de su orgullosa amiga española, Elisa Urquiza, y juntas representan la dolorosa y horripilante historia del "hijo perdido", una obrera que se han inventado. Se ponen unos vestidos árabes de seda que el padre ha traído de Oriente, adornados con galones dorados. Han oscurecido la habitación. Es de noche y están en el desierto. Son una pareja regia: un padre y una madre que lanzan gritos prolongados y fantasmales porque han perdido a su hijo. Se han inventado también un lenguaje quejumbroso y dramático capaz de expresar toda la tristeza del mundo y que nadie comprende excepto ellas. Este lenguaje imaginario sólo consta de vocales. Cuando han agotado todas sus energías, abren las contraventanas y fijan la mirada en el sol. Es de día. Se han pasado la noche clamando por su hijo perdido. Entonces, comienzan a discutir, pues las dos quieren representar el papel de éste, que yace muy lejos de allí,

en un bosque oscuro, cubierto de sangre, apaleado casi hasta la muerte por unos ladrones. Elisa derrama un frasco de tinta roja sobre su vestido árabe y se envuelve la cabeza con una toalla manchada de rojo. Es la más espabilada de las dos. Se arroja al suelo, extiende los brazos y las piernas, cierra los ojos y se pone a gemir. El hijo perdido agoniza. Ella mira a Elisa con envidia, convencida de que podría representar el papel mucho mejor. Elisa se cansa de rodar por el suelo y soltar quejidos, y llega su turno de hacer de padre; encuentra al hijo y restaña y vendar sus heridas.

Luego de tomar una medicina amarga, el hijo se recupera y, una vez que el viejo monarca muere, se convierte en rey. Lo más excitante y divertido del juego son las imaginarias expresiones de dolor. La oscuridad del cuarto ha hecho que las dos amigas se liberen de sus inhibiciones. Salen al jardín y representan el papel de Uncas, "el último de los mohicanos", que ha sido apunhalado en el corazón por Magua, y el largo lamento

del padre de aquél, Chingachgook. Declaman páginas enteras de los Leatherstocking Tales. El horror y el peligro están presentes en todos sus juegos. La existencia protegida que ofrece la familia resulta aburrida, y todo lo que desean es conservar ese estado de excitación. Sin pena y sufrimientos la vida es insoportable.

Corre el mes de julio, callado y caluroso, y una tarde, cuando una fragorosa tormenta amenaza con desencadenarse, el hermano de la niña entra a hurtadillas en la habitación de ésta y la arroja sobre la cama. Con una expresión severa en el rostro, horriblemente impasible, se desabotona los pantalones y muestra el objeto que tiene entre las piernas, largo e hinchado. La niña siente miedo y curiosidad a la vez. Sabe muy bien lo que desea hacer, pero se muestra despectiva. Para ella, su hermano no es más que un estúpido muchacho de dieciséis años. Se defiende con energía, pero él es más fuerte. Lo desprecia porque es demasiado joven. Él se le echa encima e introduce su "cuchillo" (así

lo llama ella), en la "herida" de su hermana, que se abandona, jadeando.

Él se mueve rápidamente dentro de ella, que todo cuanto siente es un dolor punzante, además de vergüenza y decepción. Su entrega nocturna al círculo de hombres que rodea su cama resulta más estimulante que la penosa realidad que le ofrece su hermano. Al cabo de un momento que parece eterno, él se aparta de ella y sale de la habitación sin pronunciar palabra. Un instante después regresa, y en tono de furia le dice: "Si le cuentas algo de esto a nuestra madre, te mataré".

Esta experiencia convierte a los hermanos en enemigos mortales.

La niña siente deseos de asesinar a su hermano. La ha forzado sólo porque es más fuerte. Ella le desea todo el mal del mundo. Soñará con el modo de martirizarlo hasta provocarle la muerte.

En ocasiones, cuando Franz la visita, la hace reír tanto que ella no puede evitar orinarse encima. Entonces, el perro, atraído por el olor, hunde la cabeza entre sus piernas. Esto

da a la niña una nueva idea. Baja al sótano, se mete en la perrera, se acuesta en el frío suelo de cemento y se abre de piernas. El frío hace que aumente su excitación mientras el animal comienza a lamerle las ingles. En estado de éxtasis, ella empuja la pelvis contra la paciente lengua.

La espalda le duele debido a la dureza del suelo. Le gusta sentir dolor cuando tiene un orgasmo. La excitación es enorme, y aún más a causa de la posibilidad de que alguien aparezca y la descubra. Oye a la secretaria de su padre, escribiendo a máquina en la habitación contigua. Mientras la niña pasa las horas entregándose a la lengua del perro, su hermano ha hecho un nuevo descubrimiento. Se sienta ante el tocador de su madre y juega con el masajeador eléctrico de ésta. El aparato produce vibraciones en el punto del cuerpo donde se aplica. La madre lo emplea para darse masaje en el rostro; él lo desliza dentro de los pantalones abiertos. Cuando la niña regresa del sótano, débil y mareada, ve a su hermano, con los ojos ce-

rrados y la cabeza echada hacia atrás, descargar su semen. El cielo se ha oscurecido. La tormenta es inminente. La atmósfera misma parece excitada. Los adultos no prestan atención a los dos muchachos, que sólo piensan en experimentar esta sensación intensa, indescriptible, una y otra vez.

Durante la tormenta, dos amigos de su hermano se esconden en el largo y oscuro conducto de desagüe de una obra en construcción y se masturban. La niña entra en la biblioteca de su padre y queda extasiada ante las ilustraciones obscenas de un libro de Fuchs. Al mismo tiempo, no puede perdonar a su padre el que posea esa clase de libros. Quiere un padre noble, divino. Se oculta en un rincón, detrás de una gran butaca de cuero, y se masturba mientras contempla las láminas del libro. Sólo puede pensar en eso. Las ansias que tan a menudo se han apoderado de ella dan paso a un vacío opresivo. Busca un complemento verdadero y no lo encuentra. Todo es un error. A su edad las mu-

chachas tienen experiencias similares a la suya. Las niñas que conoce se meten lápices, zanahorias y velas entre las piernas, se restregan contra las esquinas de las mesas, se mueven hacia adelante y hacia atrás en las sillas, inquietas. Y todas ellas, por jóvenes que sean, sienten que la salvación y la cura de su temprano sufrimiento sólo pueden proceder de un hombre. Pero ninguna conoce a un hombre que la tome entre los brazos. Aún no han crecido lo bastante. No se avergüenzan en su mutua presencia, y, en susurros, se cuentan sus experiencias corporales. Pero cuando se aperciben de que las novias de ellos no son más listas que ellas, se sienten decepcionadas. En vano giran en círculos y comienzan a soñar con los años pasados.

La niña sueña que es víctima de la violencia de un hombre oscuro. Con toda la fuerza de su imaginación, anhela un hombre salvaje, sanguinario. Cuando por la noche está acostada en su cuarto, imagina que se encuentra en una habitación negra con dia-

mantas resplandecientes, iluminada por antorchas temblorosas. El color negro, el más aterrador que conoce, domina la escena. Yace sobre un bloque de mármol de bordes afilados. Sus secuestradores la han atado. Está desnuda. Tiembla de frío y ardor. Las lóbregas llamas de las antorchas se reflejan en las negras paredes de mármol. Los bordes de su lecho de mártir le producen cortes en la espalda. Los hombres vestidos de negro que la rodean se acercan a ella. Unos ojos brillantes la observan a través de los agujeros abiertos en unas máscaras horribles. Algunos de esos hombres llevan cascos relucientes. De pronto se quitan la máscara y ve los rostros salvajes de árabes, chinos, negros e indios. La niña prefiere los hombres de color a los blancos, ya que así no pueden recordarle a ningún hombre conocido. No abren la boca y casi no se mueven. Le producen miedo, algo que para ella es de la mayor importancia. Ama el miedo, el terror. La halaga ser el centro de atención de esos hombres, cada uno

de los cuales tiene un arma.

Han venido a matarla, lo que supone un gran honor para ella. Son reyes, condes y príncipes. Súbitamente empieza a sonar una ensordecedora música de órgano, amenazadora y lúgubre. Quien toca el órgano es el Capitán Nemo. La niña tira de las cuerdas que la inmovilizan, y al hacerlo éstas se hunden profundamente en su carne. El poder de su imaginación es tan grande que siente dolor. Ella no siempre experimenta esta escena en su camino hacia la muerte, causada por miles de lentas, interminables puñaladas. No se permite gritar ni cambiar de expresión. Un cuchillo se introduce muy despacio en su "herida" y se transforma en la caliente, movediza lengua del perro. Mientras tiene un orgasmo, un indio le corta el cuello. La niña sólo puede imaginar esta escena en la oscuridad, cuando está sola. No existe salvador. Cada noche la aguarda la muerte.

Traducción de Jonio González de la versión en inglés de Julia Solís.

Miguel Ángel Bustos

Tres textos

Miguel Ángel Bustos nació en Buenos Aires en 1932 y permanece desaparecido desde marzo de 1976, tras ser secuestrado por un comando paramilitar. Publicó *Cuatro murales* (1957), *Corazón de piel*

afuera (1959), *Fragmentos fantásticos* (1965), *Visión de los hijos del mal* (1967) y *El Himalaya o la moral de los pájaros* (1970), de donde fueron tomados los tres textos que presentamos. Sus trabajos aparecen an-

tologados en *Despedida de los ángeles* (1998), editado por Libros de Tierra firme, obra que también incluye poemas inéditos del autor (1959-1962), con prólogo de Alberto Szpunberg.

El sol antiverbal

3

En mi Primera Comunión, en el casamiento atroz del moño con ese traje azul, el primero de los tristes uniformes, llevé mi cristal. Colgado de mi cuello lo mecía, alejado caía sobre mis huesos, jugaba con sus infinitas caras, con su enigma: dragón-madre de enigmas:

Centrado, perdido, salvado en su punto emisor de lanzas vivas no veía el gris amarillo terrible de las carnes ausentes de cristales de resurrección.

Avancé por la nave, sin mar sin cielo, hasta el altar y comulgué, tomé sí el pan del dios de los cristianos y lo sumé a mi pecho salvaje, antiverbal.

Allí, en la cueva de los átomos divinos, unidos al estruendo de los ángeles custodios de su misterio alcé mi Señor, mi cristal.

Aquelarre, la desnuda la inocente que camina sobre campos de fuego, en campos de llamas frías ramas del árbol de la muerte, comulgaba en su cuerpo.

5 (fragmento)

Visité, por primera vez, el Jardín Zoológico de la mano de mi madre y ella buscó mi asombro. Veía, pero no podía leer el caos de cuerpos y gritos que saltaba en forma de locura. Murmuré, y ya no era aquel que estaba de su mano: la voz salía de las jaulas, murmuré ahogado: sólo siento en mí el vuelo de los pájaros en lucha inmemorial con la luz, pues quieren huir de la tierra y el devorador llamado del tigre analogía del Sol.

Dije y frente a la jaula del Señor, a su casa de Miedo me diste el cristal, mi juego de pureza y te vi triste *siempre*.

Mare tenebrarum

En aquel tiempo del triste colegio; en aquel que jamás recuerdo; soñaba con tigres y pájaros en lucha y mi corazón era el desierto y el cielo, el sol y la luna de aquel mundo final.

Llegó hasta mí un sacerdote, llegó y me dijo: por lo que piensas morirán tus ojos, tu piel será maldita como la piel de las momias, amarás a dios en todo lo que te destruya.

Me senté junto al muro más cruel y lloré la lepra del cielo.

Cayó mi corazón, lo perdí, y reyes ya de sangre pájaros y tigres me acosan para siempre y todas mis aguas, todos mis ríos, huyen muertos hacia el atroz y calmo Mar de las Tinieblas.

Y el ángel de la locura, el ángel de la fiebre mira, en mí, al monte coronación del Verbo: escribo para que me sea dado el Silencio.

Miyó Vestrini

Gritos al corazón



Miyó Vestrini nació en Francia en 1938 como Marie-Jose Fauvelles y emigró siendo niña a Venezuela, con su madre, el segundo marido de ésta, el escultor italiano Vestrini, y su hermana mayor.

El desgarró entre la cultura latinoamericana y la francesa aparece en su obra de la mano siempre de la ríspida voz materna, cuya idiosincrasia "Marie Claire" pronto se transforma en lo más repudiado por la joven escritora.

Desde muy joven se dedicó al periodismo cultural, y en los años sesenta formó parte del grupo Apocalipsis de Maracaibo, el Techo de la Ballena y la

República del Este, entre otros. Dirigió la página de arte del diario *El Nacional* y también la revista *Criticarte*. Mereció en dos oportunidades el *Premio de Periodismo* (1967 y 1979). Más tarde trabajó como guionista en la fuerte industria televisiva de Venezuela.

Era una magistral entrevistadora. Bajo esa modalidad escribió un libro sobre el fecundo escritor Salvador Garmendia, uno de sus más próximos y viejos amigos. *Salvador Garmendia, pasillo de por medio* (1994) es al mismo tiempo una suerte de compleja autobiografía que editó póstumamente Grijalbo.

Publicó también *Las historias de Giovanna* (1971), *El invierno próximo* (1975) y *Pocas virtudes* (1986), tres poemarios que la colocaron entre las voces incuestionables de Venezuela.

Al suicidarse en 1991, dejó inéditos dos libros, *Valiente ciudadano* (poesía) y *Órdenes al corazón* (cuentos cuya segunda edición acaba de publicar Blanca

Pantin Editora). Ambos libros expresan en dos registros formales distintos las mismas dolorosas vivencias.

Fue una mujer intensa y directa, y así es su poesía, una experiencia tensa y casi explosiva.

Si su poética tiene un importante sesgo narrativo, su prosa es densa y magnífica, se mueve en varios niveles conflictivos, y su clave, polifónica, hay que buscarla en la poesía. De manera que ambos géneros se bordean o, como espejos, reflejan el mismo carácter despojado y agresivo, la misma lúcida y audaz escritura, la misma biografía cargada de dolor, dolor que la autora aborda con, a veces, ríspida ironía. "Lenguaje directo, descarnado, alejado con intención de toda metáfora: economía de palabras que muchas veces puede proporcionarle al texto una gran dosis de cinismo", afirma Silda Cordiolani, al prologar sus cuentos.

C. S.

La bondad del día

Se hace de noche
y penetras

profundo
dulce

pensando en la bondad del día.

Siento

y no quiero olvidarlo

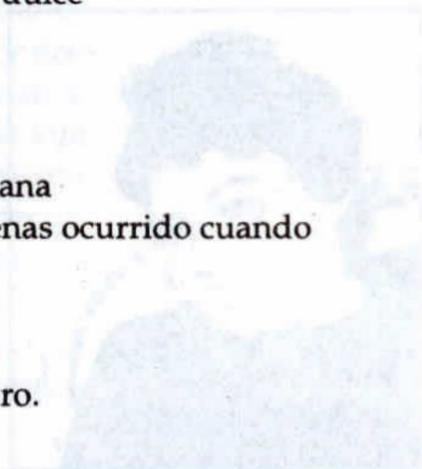
la noche espléndida tras la persiana

la memoria de lo apenas ocurrido cuando

se hace de noche

y penetras

manso
claro.



Beatriz

Con pene o sin él,

hay cosas que no se pueden hacer

cuando se comienza a sudar

o cuando duele la próstata.

Por eso se suicidó Beatriz

a los cincuenta y tres años.

No quiso participar en la grotesca ceremonia

del elogio a la decadencia.

Cubrió todos los espejos

y colocó sábanas de satén en la cama.

Se suponía que moriría allí,

pulcra y perfumada,

desoyendo al roedor que le mordía la respiración.

Pero prefirió el sofá,

donde había hecho el amor anoche,

con un fiestero profesional,

alquilado para la ocasión.

Dejó una lista

de equivocaciones y aciertos.

La escritura es lo de menos, anotó,

y estampó su firma con letra pequeña,

para que creyeran que era apócrifa.

Zanahoria rallada

El primer suicidio es único.

Siempre te preguntan si fue un accidente

o un firme propósito de morir.

Te pasan un tubo por la nariz,

con fuerza,

para que duela

y aprendas a no perturbar al prójimo.

Cuando comienzas a explicar que

la-muerte-en-realidad-te parecía-la-única-salida

o que lo haces

para-joder-a-tu-marido-y-a-tu-familia,

ya te han dado la espalda

y están mirando el tubo transparente

por el que desfila tu última cena.

Apuestan si son fideos o arroz chino.

El médico de guardia se muestra intransigente:

es zanahoria rallada.

Asco, dice la enfermera bembona.

Me despacharon furiosos,

porque ninguno ganó la apuesta.

El suero bajó aprisa

y en diez minutos,

ya estaba de vuelta a casa.

No hubo espacio donde llorar,

ni tiempo para sentir frío y temor.

La gente no se ocupa de la muerte por exceso de amor.

Cosas de niños,

dicen,

como si los niños se suicidaran a diario.

Busqué a Hammett en la página precisa:

nunca diré una palabra sobre tu vida

en ningún libro,

si puedo evitarlo.

Hora de putos y perros necios

A esta hora
no se sabe qué hacer

y es siempre a esta hora de putos y perros necios,
cuando recuerdo. Todos los días, perdido este tiempo,
tú sabes, el rostro entre las manos, las piernas recogidas,
la viva imagen del dolor en la pesadez de la tarde.
Inmóvil en los escombros, inmune a los desastres,
no puede ser ya de otra manera.

Y es la misma hora
la de hoy
la que vendrá todos los días
la que me jode.

(de *Valiente ciudadano*)

Los poderosos

Nada sentimentales
los poderosos

Nada amables
los poderosos

Nada sinceros
los poderosos

Nada sensibles
los poderosos

Eso sí
rancios

ejecutantes
vivisectores

graciosos
ostrones

los poderosos.

XXI

Toda la vida no vas a tener ganas de saltar cuando veas el
mar o cuando haya luna llena, toda la vida no se tiene ganas
de hacer lo mismo, ¿entiendes?, sí, eso eso, respira hondo y
cálmate y pide un trago y mira hacia otro lado, hacia donde
quieras, pero que no sea espejo, porque vas a empezar otra
vez, que si la memoria y la guerra y los fantasmas de mierda
y el tiempo que no pasa rápido, ¿no te fastidias?, siempre lo
mismo, el perro que ladra y la luz que agoniza, eres la única
que lo ve así, a ver, pide un trago y óyeme lo que te voy a decir,
por la mañana
los ojos se llenan de lágrimas
porque no hay locos en la casa
y tarda mucho en hacerse de noche
y las multitudes
y esa luz de la tarde que revienta
tiempo,
cautela,
no lo digas otra vez, todo eso me da en la madre, si ya sé lo
de la fatiga, lo del desafecto y el estupor, y no me importa el
marido frustrado de Creeley, empezando que no sé quién es
el bolsa ése, confórmate, ¿ves?, todos los días la gente regresa
a su casa, ¿no?, y no vas a componer las cosas arrechándote
por una cama o una cortina floreada o una mesa cuadrada,
métete un viaje de toña la negra o de leo marini o de la bola
de nieve y cálate tus cuentos y los míos y hablando de infor-
tunios, no me metas, ¿o.k.?

(de *El invierno próximo*)

Cuatro poetas judíos

Sin tiro de gracia

"El 12 de agosto de 1952 fueron ejecutados en Moscú los más conocidos escritores judíos de la Unión Soviética. Todos ellos habían participado intensamente en la vida cultural soviética y habían integrado comités de lucha antifascista en la Segunda Guerra Mundial. David Bérguelson, Peretz Markish, Itzik Féfer, Leyb Kvitko, Samuel Persov y David Hofshateyn –los más conocidos de los ejecutados– habían dado notable impulso a la literatura en yidish en el país que los había visto nacer, sin desde-

ñar una permanente militancia política y social. El régimen estalinista, en plena explosión chauvinista, fraguó un proceso en el que los acusaba de conspirar en favor de Estados Unidos y procurar la constitución de un Estado judío autónomo en territorio soviético. Tras la muerte de Stalin, y una vez producido el 'deshielo' del régimen, los escritores judíos fueron rehabilitados y su juicio declarado carente de todo valor. A continuación se incluyen algunos de los poemas de estos escritores, en traducciones de Jacobo

Glantz y Samuel Berger." Con esta introducción, el diario *La Opinión* del 24 de agosto de 1975 presentó la selección que publicamos a continuación. Podrá discutirse el valor poético de alguno de estos trabajos, pero consideramos fundamental rescatar del olvido, y sirva a modo de homenaje, las voces de escritores que pagaron con su vida la causa por la cual lucharon. Muchas de sus obras han logrado sobrevivirlos, confiriéndole a la muerte un poder relativo. No hay tiro de gracia que ejecute a la poesía.

Leyb Kvitko (1893-1952)

Luz solar

Es tan tenue la luz solar
que las trenzas de hielo de los techos
refulgen
como copas límpidas de cristal
cuando reciben sólo una gota de sol.
Y aunque desvanecerse es su destino
y gotear en los charcos de la tierra,
gota a gota se oye su alegría:
"Por nosotros pasó el sol".

Peretz Markish (1895-1952)

Poema

No sé si estoy en mi hogar
o si no tengo hogar.
Corro, mi camisa
desabotonada, ningún límite, nadie
me detiene, no hay principio
ni fin.

Mi cuerpo es espuma
que huele a viento.
Ahora
es mi nombre. Extiendo los brazos, mis manos
quedan afuera
de lo que existe. Dejo que mis ojos vaguen
y abreen en los cimientos
del mundo.

Ojos desencajados, camisa que se hincha,
mis manos separadas por el mundo, no sé
si tengo un hogar
o desamparo.
Si soy un principio o un fin.

Itzik Féfer (1900-1952)

Poema

De la nada, por la nada, hacia la nada
Y entonces, ¿quién es quién?
Y entonces, ¿qué quiere decir "no se puede"
en la tierra de hoy?
Hierva en constante inquietud
cada uno de mis pasos,
y entonces, ¿qué quiere decir "no se puede"
en la tierra de hoy?

¿Y qué significa "no podemos"?
¿Y qué significa "prohibido"?
Ordenamos
ordenamos
estamos
en la tierra de hoy

David Hofshsteyn (1889-1952)

Poema

¡En los campos de Rusia, en los atardeceres de invierno!
¿Dónde es posible estar más solo, dónde es posible estar más solo?
El caballo viejo, el chirriante trineo,
el camino debajo de la nieve: ése es mi camino.

Abajo, en un extremo del pálido horizonte,
todavía agonizando, las franjas de un triste sol caído.

Allá, a la distancia, un desierto blanco
con unas casas esparcidas, diez o menos,
y -allí- dormita una choza, hundida en la nieve.

Una casa como las otras, pero más grandes sus ventanas...
Y en esa casa, a la que conducen muchos caminos
yo soy el mayor de los hijos...

Y mi mundo es estrecho, mi círculo es pequeño:
en dos semanas fui a lo sumo una vez a la ciudad.

Anhelar en el silencio del espacio y los campos
rutas y desvíos ocultos por la nieve...

Llevar la pena oculta
de semillas que esperan y esperan la siembra...

¡En los campos de Rusia, en los atardeceres de invierno!
¿Dónde es posible estar más solo, dónde es posible estar más solo?

Antología temática

Alcoholes

Brindo por la mañana,
por su luciérnaga infinita.
Brindo por el halago de la
luz, por la inocencia de la
noche. Por el temor con
que dudamos y el brillo de
las palabras felices. Brindo
por las orugas, por el silen-
cio y por el diente de león.

Y también por las faldas
desatadas en su irisado ca-
rrusel. Por las alas de los
jilgueros brindo y canoros
son los sorbos. Brindo por
la inexistencia de la esclavitud
y sus lacayos. Brindo
por la paciencia, por la pa-
rranda, por la paella. Por

las aletas del tiburón, por
los cachorros del tigre, por
las plumas del Tucán. Brin-
do por el placer. Por la ale-
gría de los hijos. Por el
austero silencio. Brindo
por los vahos del amor y el
alcohol de la memoria.

E. M.

Juan L. Ortiz

Para qué el vino, amigos míos

Para qué el vino, amigos míos,
si allí la luna, en las aguas, ebria, se despliega?

id a la orilla, y sed de ella, dulcemente enajenada
en su propio vals antiguo
de velos de silencio que se igualan al fin, tenues, a la arena...

Sed de ella que ya el eucalipto está en ella, más pálido.
Y acaso, acaso, un momento perdidos, amigos míos,
os encontraréis de la mano, luego, en el centro de la danza profunda,
figuras intercambiables e increíblemente ligeras, al cabo, de la danza...

¿Para qué el vino, entonces, si así seríais más ligeros?

Octavio Armand

Cerveza

Sorbo a sorbo, regala otra orilla.
Algo entrevisto en una pantalla de élitros.
Pulpos, agallas, peces batidos, ventosas líquidas

dormidas como salitre en la memoria.
Recuerdos que jamás habrías imaginado tuyos.
El índice, ceremonioso linaje de cangrejo,
como un pañuelo instintivo y discreto
labio a labio borra espuma.
Al frotar dos palabras despierta una llama
y en esa llama reunida como gallo
crepitan lo mismo semillas de ajonjolí
que un hígado etrusco o las Pléyades.
De día dedicarse a la tierra y de noche al cielo.
Parecer un insecto y ser casi un dios.
Que en tus manos todo sea posible.
Luna nueva de marfil, ojos como embudos,
persianas tensadas para que cada músculo ruja,
porque extendidos sobre aldabas,
el jabalí remoto, el venado, el tigre, se sacian
bebiendo sin sobresalto las imágenes más dispares.
Para ser un insecto, ser un dios.
Atrapar deseos en repúblicas de seda
y naufragar entre delfines hasta coronarse en Creta.
Que se dé todo como fruto.
La boda del toro y la reina, la casa sin salida,
el vuelo, la ausencia, la caída,
el caracol enhebrado como la aguja de Penélope.
Ser araña, ser dios, ser tú mismo.
Escapa con abejas y vence con hormiga.
Siembra en lo oscuro y cosecha rocío.
Si pides más espuma, el barman te sirve el Nilo.
Hay plomo de oro, hay alquimia, hay zodiaco.
Las monedas suenan de canto en el mostrador
y luego ruedan sobre arena, enmudecidas
Surcos prolongados en la humedad como en una fruta
espabilando hexaedros de cera, semillas y enigmas.
Así atraviesan ciudades amuralladas,
espejos, fronteras imprecisas.
Huellas de un hombre que aguardan a ese hombre
que de repente eres tú.
Otra vez eres tú.
Ponle el color al mar.
Bebe.

Francisco Urondo

Adolecer

IV (fragmento)

El alcohol apenas protege; alcanza
sólo para el desdén; sitúa
fuera de alcance; no es el alcohol
de la alegría, ni siquiera
el de los altares porque no hay cosa mejor
para el hombre sino que coma y beba y que su alma
vea el bien de su trabajo. Es
el entusiasmo golpeado,
el terror,
la suficiencia reiterando,
arrinconando, ocultando la tristeza,
deshaciendo el coraje. Un brindis
para los débiles; comienza un vuelo
sin pistas; camas incontenibles; giran
sin quilla, rolando por la lucidez
y la memoria, el temblor
y el riesgo; un vuelo en el que todo
se mueve, ebriedad donde la desesperación será
insuficiente y nadie sabrá dónde está
parado, dónde irá
a caer
y la vergüenza
será inútil;
no valdrá pena ni furia.

Rodolfo Alonso

Rasgo de vino

En las bajas tormentas me reconozco.
En el torbellino sordo, en el pobre estampido,
vuelvo a asir mis dedos y mis dientes con
cierta angustiosa seguridad.

Benjamin Péret

Tiene usted whisky

Lenta humareda azul en donde tus pasos se retrasan
mar sobrio
Salud pez del evangelio
tú que naciste en la mano de una voluptuosa
y periciste bajo las miradas de un rey

La tumba se abrirá para dejar paso a una bandera
La bandera seguirá la orilla izquierda del canal
hasta la pierna humana
que separa el amor de la muerte
Llevará esa pierna a la cima de la montaña
que dejará de escupir gladiolos
para convertirse en un rebaño de armiños

Y en el cielo nocturno
poblado de escolopendras
una barra de hielo manejada por un sultán
molerá unas cabezas resplandecientes por toda la eternidad

Edgar Lee Masters

El diácono Talyer

Pertenecí a la iglesia
y al partido de la Prohibición;
y los del pueblo creen que he muerto de comer sandía.
La verdad es que tenía cirrosis hepática,
pues cada mediodía, durante treinta años,
me escabullía a la trastienda
de la farmacia de Trainor
y me echaba mis buenos tragos
de una botella con la etiqueta
de Spiritus frumenti*.

**Spiritus frumenti*: alcohol de trigo. Téngase en cuenta que el whisky se hace, principalmente, a partir de la fermentación de otro cereal, la cebada.

Raúl Gustavo Aguirre

El vino que aproxima un poco más a las gentes

El vino que aproxima un poco más a las gentes
tornó más trémula tu voz, más firmes tus palabras,
pero nada cambió de tus palabras,
nada cambió, ni siquiera una coma
de aquel poema interminable que callaba y sangraba en nuestro corazón,
en nuestro corazón de hermanos, oh tierra grave y pura de la vida y la muerte,
oh sueño que comprendes y sollozas, que comprendes y bailas, que saludas
/y abrazas,
sueño cara de tonto parado en una calle sin terminar de América,
en el borde de un lúcido precipicio de América,
sueño de grandes alas amigas del relámpago
que me esperas de pie, muy enterado, muy al comienzo de todo
bajo los cielos pensativos.

Esther Andradi

Vino

Mi cara se parece cada vez más a una pasa. Las arrugas me visten la sonrisa
de lomo de tortuga, el llanto de crisálida, la seriedad de pasa nomás. Por eso
bebo tanto. Para macerarme en alcohol y así poder tragarme. Lástima que no
puedo sobornar al espejo.
Pero quizá termine disolviéndome en saliva, acogiéndome al privilegio de las
hostias.

Mario Varela

tras el funeral
halla mejor su vino
en el almuerzo

.....

tenemos vino
y compramos más vino;
dura el verano

Encuentro de naufragos

Jonio González nació en Buenos Aires en 1954 y reside en Barcelona desde 1983. Poemas suyos han aparecido en diversas antologías, y ha publicado, entre otros, los libros *Grupo de Poesía Descarnada* (en colaboración con Javier Cófreces, Buenos Aires, 1979), *El oro de la república* (Buenos Aires, 1982), *Mu-*

ro de máscaras (Libros de Tierra Firme, Buenos Aires, 1987), *Cecil* (Buenos Aires, 1991) y *Últimos poemas de Eunice Cohen* (Plaza y Janés, Barcelona, 1999). En colaboración con Jorge Ritter ha traducido *Tres mujeres*, de Sylvia Plath (Zaragoza, 1992; Barcelona, 1999) y *El asesino y otros poemas*, de Anne Sex-

ton (Barcelona, 1996). Asimismo, ha escrito varios prólogos, entre ellos a *Poesía escogida*, de Blanca Varela (Barcelona, 1993). En el transcurso de 2001 la editorial Emboscall, de Barcelona, le publicará *El puente*. Los poemas que siguen pertenecen a un libro en proceso de escritura aún sin título.

(el que recoge los cuerpos)

las cenizas de richard dadd
las cenizas del capitán mc whirr
las cenizas de jim thompson
las cenizas de la pantera
las cenizas de jacoboj fijman
las cenizas de anne sexton
las cenizas de hugo ball
las cenizas de emmy hennings
las cenizas de jonio gonzález
condenado a servir de alimento a los peces
las cenizas de bairoletto
las cenizas de pedro bonet
las cenizas de primo levi
las cenizas de meret oppenheim
las cenizas de carlos olmedo
las cenizas de rosa luxemburgo
las cenizas de mark rothko
las cenizas de los hijos de fierro
las cenizas de elena kaleidjian
las cenizas de la pequeña jeanne de francia
el oscuro beso sobre el rostro de la tierra.

(paisaje después de la batalla II)

1
a cielo abierto
se hundían los barcos
en el limo verde y espeso
los veíamos desaparecer
—el agua hervía
en torno a ellos—
y creíamos que sus viajes
los habían justificado:
jamás nos preguntamos
si semejante pensamiento
respondía a alguna clase
de ignorancia.

2
mientras esperábamos
que el enemigo temblase
él iba haciendo el recuento
de nuestros rostros
sin separar un día de otro
un acto de otro
una mirada

todos éramos uno
al fin.

3
el encuentro de los naufragos
suele ser silencioso:
explican su participación
en la tragedia
con frases intercambiables

pasado el tiempo
pretenden olvidar
o no pueden olvidar
o no se permiten olvidar
viven con el agua al cuello
y por eso dan más importancia al aire
de la que tal vez tenga.

No hablo su dialecto

Nació en Carlos Casares, provincia de Buenos Aires, en 1945. Estudió Letras, hizo periodismo gráfico y radial y a principios de los 70 se radicó en Bariloche. Luego del primero, editado en 1968, publicó los siguientes libros de poesía: *Pares partes* (Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1985), *Flor azteca* (Ediciones del Dock, Bue-

nos Aires, 1991), *Decimos* (Ediciones Bariloche, 1992, obra compartida), *La escena imperfecta* (Último Reino, Buenos Aires, 1996), *Urca* (Libros de Tierra Firme, Buenos Aires, 1999). Realizó la selección y escribió el prólogo de *Marcas en el tránsito. Antología de poetas jóvenes de Bariloche* (Último Reino, Buenos Aires, 1995). Recientemente

publicó en Buenos Aires *Cordelia en Guatemala*, en la editorial de poesía Siesta. Coordina talleres de escritura creativa en Bariloche y San Martín de los Andes y hace periodismo literario en radio. Los poemas publicados a continuación aún no fueron editados en libro y se agrupan bajo el título *No hablo su dialecto*.

El té

Cuando Marianne y su madre, Mrs. Moore, conversan a través del vapor que se alza de las tazas algo liviano se instala en el cuadro por momentos doméstico

Hablan como si lo que dicen antes hubiera sido escrito

"Tendremos que salir bajo el paraguas de nuestro contagio" / propone la anciana / y Miss Moore la consiente entre cortos suspiros

Mi hijas entran y escucho sus voces incorporándose a la escena:

"No te olvides que un hombre debe ser leído / Hay que leerlo / no sólo escucharlo / Su voz no siempre es su palabra" / responde una a la otra / y advierto que hablan / como si lo que dicen / antes / hubiera sido escrito

Sin acercarse demasiado

Movimiento de manchas sobre el mar
Trazos gruesos / figuras alteradas por el sol:
Rojo / fucsia / naranja / lagartos chinos
dibujados en negro
alarmas falsas / susurros en tus oídos /
respiraciones / quejas

UNA MANO DESCANSA EN OTRO CUERPO Y NADA ENTURBIA NI DESOYE

Lejos de casa

*Lo verdadero ocurre en aguas profundas
y las palabras poco pueden con eso*

Los pescadores han traído un lobo de mar
que por error o azar cayó en la red de congrios y jureles

Su cabeza ladeada hacia el este cuelga de un escalón del muelle

No respira

Tiene un fulgor lechoso en la mirada
y en un breve intervalo pasó de ser protagonista
a convertirse en obstáculo

Es un hecho fortuito
un punto irrelevante en la mañana
este lobo muerto por error o azar

Me recuerda a mi padre
el último día que lo vi

Reina Química

Vendrá el Prinox y traerá el sueño
Como a Pavese el cierre / el descanso
¿El sueño es paz? ¿El cierre un descanso?
Cesar CESAR CESAR
no César ni Cesare NO
Cesár con acento en la á

Suspenderse o acabarse una cosa. // 2. Dejar de desempeñar algún empleo o cargo. // 3. Dejar de hacer lo que se está haciendo.

Atravesár un extremo / Necesitár clamár rogár
Nada que no sea común / CESÁR

Aquí no hay sol cuando promedia la jornada
El mediodía es gris

Alguien dicta / la enfermera escribe

Apenas oye / pero ESCRIBE

Reina MTV

En el nosocomio a una chica le amputan las piernas por error
Ningún pariente reclama
No hay asociación que dé la cara ni batalle por el destino de las amputadas
por error

Como en la película Zeta Cero Cero se convierte en codiciado objeto erótico
Todos quieren ver esas nalgas sin muslos / el rasurado pubis quirúrgico

SU SER EXTREMIDAD

OH MIS PIERNAS MIS PIERNAS
canta acompañada de movimientos pélvicos
la NUEVA PROMESA DEL TERCER MILENIO

Pablo Kersner

Construcciones

Pablo Kersner nació en Buenos Aires en 1964. Trabaja como psicólogo hospitalario en Mar del Plata y también se dedica a preparar "objetos" con materiales y desechos rescatados de las calles de la ciudad donde vive. Hasta el momento, sólo aparecieron poemas suyos en diarios y revistas de Buenos Aires y del resto del país. En 1985, *La Danza del Ratón N° 7* incluyó un par de textos de Kersner en la sección Poetas Inéditos. En dicha ocasión, compartió la página con el poeta Osvaldo Aguirre. Quiso el destino que estos autores volvieran a encontrarse en esta edición, ya que el presente número también recoge poemas de Aguirre. Los trabajos que publicamos a continuación pertenecen al libro inédito *Construcciones I*, recientemente finalizado. En la actualidad, se encuentra preparando una nueva obra, con textos que se agruparán bajo el nombre de *Construcciones II*.

2

Decíamos que el destino de un hombre era un par de libros bajo el brazo en una noche cualquiera.
Más tarde, llegaron las primeras plantas, la música y los hijos.
Decíamos estar seguros por lo que luchábamos. Construimos con extraña habilidad
un puñado de certezas para andar por caminos que cada vez se parecían menos a nosotros.
Nos hacíamos fuertes en una época en que el plomo agujereaba las espaldas.
Las nuestras y la de los hijos.
Las última horas dieron lugar para la poesía. No estabas allí. No te encontraba.
Entonces comencé a empujar mi Babel, a patearla donde más dolía hasta que
cayera, gigante, inmensa, inútil como un muerto. Sin más sentido.
Creo entender, ambos lo sospechamos a esta altura, que la poesía siempre conspiró contra las certezas. Esa parva de huesos que no llevan ningún nombre.

5

En el fondo de la memoria, lo único que queda es el número de cigarrillos que se fumó a lo largo de la vida.
Julio tiene razón, en el centro de una bocanada de humo se guarda nuestra existencia, que como un fantasma trepa por el aire, sin más remedio.
Tarde comprendí, querido Julio, que aquello que permanece en el centro del poema, no es otra cosa que el vago humo de una palabra que jamás será dicha.

13

El sistema del sueño se apoya en cuatro elementos que lo elevan a la categoría de lo sobrenatural.
Éstos son: el fuego, el aire, la tierra y la despedida.
Este último fue descubierto no hace tanto tiempo, habiéndosele otorgado, por otra parte, el primer lugar en un orden cronológico.
No parece equivocada tal observación.
Resulta difícil pensar en el fuego, sin antes no contemplar la despedida.

14

Un libro. La música de Los Beatles. La foto de los hijos.
Éstas son algunas de las respuestas que se ofrecen frente a la pregunta:
¿qué nos llevaríamos a una isla desierta?
jamás respondemos con llevarnos un sueño. ¿Por qué?
Porque el sueño es en sí mismo una isla desierta.
Entiendo que esta pregunta llegó tarde.

17

El hombre ignora que la palabra fervor nace de la palabra piedra.
Palabra que, por otra parte, habita únicamente en los sueños.
Como ignora que la palabra pasión nace de la palabra pesadilla.
Palabra que habita por fuera del sueño.
Existe una palabra que jamás será soñada por el hombre.
Es la palabra confesión.
No pertenece al sueño ni a la pesadilla. Pero está allí.
Nos arrodillamos frente a ella para que nos adopte.
Una vez más, ser hijo para poder ser soñado.

32

El sueño de Dios sobrevive en una línea de la palma de la mano.
Por eso, cuando alguien saluda con la mano blanda, débil, tumbada hacia abajo, nos anuncia que la voluntad de Dios no está con él.
Y ocurre que Dios también se cansa de ser Dios.
Precisa de otros sueños que lo sueñen.
No le alcanza con ser Dios.
Si mantenemos la mano abierta, Dios exilia su sueño a otra palma de otra mano. Si cerramos el puño el sueño de Dios se asfixia.
Inexorablemente, estamos condenados a la pesadilla de vivir fuera del sueño de Dios.

37

Una persona que trabaja la tierra comparte el sueño que Dios creó para los hombres.
Siembra un territorio que jamás le pertenecerá.

38

Un hombre que está solo conoce el sueño de Dios.
No espera que suceda nada extraordinario.
Prograsa en un camino íntimo.
Cae en lo profundo sin una necesidad póstuma.

40

Dios crea un sueño para que el hombre lo viva eternamente.
El hombre hace del sueño un objeto en arcilla.
Lo trabaja con las manos. Le da forma. Movimiento.
Antes de terminarlo observa que no es el objeto que tenía en mente y lo destruye.
Entonces, traza en el pensamiento un nuevo objeto y lo lleva a la práctica.
Antes de concluir observa que no es el objeto que había ideado y vuelve a destruirlo.
El oficio del hombre es un ejercicio hecho en arcilla, imposible de destruir.
Eterno. Como el sueño de Dios.

Oswaldo Aguirre

Las vueltas del camino

Quince años atrás, en *La Danza del Ratón* N° 7, publicamos dos poemas inéditos de Oswaldo Aguirre, llegados a la redacción de la revista por correo; por entonces el poeta rosarino tenía alrededor de 20 años. Hacia el final del periplo de esta revista retomamos el contacto con el autor de *Las vueltas del camino*, *Al fuego* y *El general* (entre otros títulos de novela y ensayo). Dicho reencuentro no sólo posibilitó

que *La Danza del Ratón* accediera a sus valiosas colaboraciones en notas y reportajes a poetas argentinos (publicadas a partir del N° 18), sino que también facilitó una lectura más amplia y profunda de su trabajo poético. En la década del '80 los materiales remitidos a la revista por autores noveles se contaban por decenas; la selección de sus poemas por entonces no fue casualidad y tampoco es una simple

coincidencia esta reincidencia: dos poemas inéditos. Actualmente Aguirre es editor del suplemento *Cultura* y periodista de noticias policiales del diario *La Capital*, de Rosario. Preparó la edición de *Obra poética y otros textos*, de Arturo Fruttero (Editorial Municipal de Rosario, 2000), y está trabajando en la recopilación de las obras de Felipe Aldana, junto a Elvio Gandolfo, para el mismo sello editorial.

Páginas de un herbario

En el camino
del Consejo Agrario,
entre la cuadra de la escuela
ahora tapera y el oratorio
que da entrada al pueblo,
armado de pala, tijera de podar
y una libreta donde anotar,
buscaba los ejemplares.

Eran asuntos de estudio
el misterio del laurel cerezo,
el mal que aqueja a la cebadilla
criolla, parasitada por hongos.

Se había vuelto baqueano
a lomo del Lucero,
el primer compañero,
en las carreras del oratorio
a Campo Guevara, ida
y vuelta a ver quién ganaba,
a la salida de la escuela,
y esa calle ancha y pareja
tenía sus primeras huellas:
de cuando de una disparada
hasta el centro del pueblo,
de aquella rodada -volvía
a ir de cabeza a la zanja,
y los dolores en el cuerpo,
cada vez que el recuerdo
y cómo, en la mesa de casa,
ah, no pronunció una palabra...

En el Consejo encontraba
el yuyo de San Vicente,
o ajeno salvaje, aroma
de la leche y de la carne,
la cizaña, entre las malezas
que maldicen al trigo,
y la familia de las forrajeras:
trébol de carretilla, alfalfa
-la mejor- y pasto de invierno.

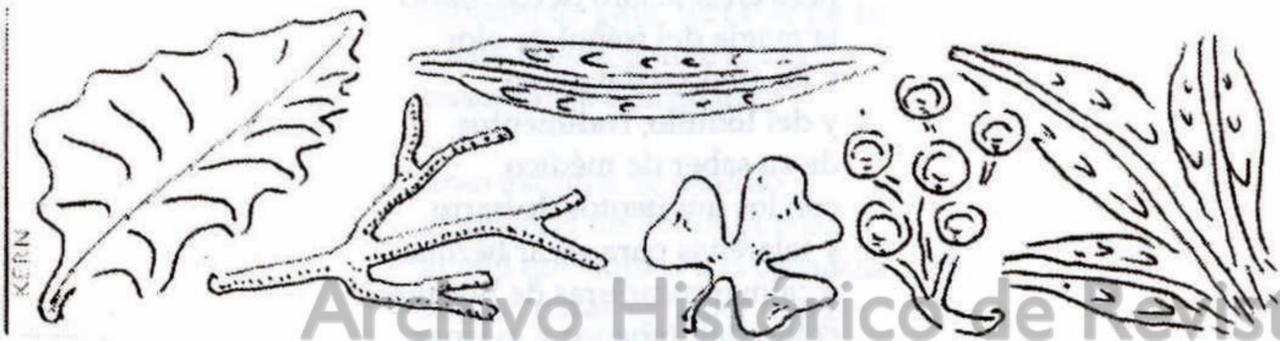
Las muestras quedaron secas
sobre el oscuro papel canson
pero en el tesoro del herbario
la magia del trébol de olor
y los tónicos del poleo
y del tomillo, rudimentos
de su saber de médico,
con los ungüentos de barro
y telarañas para secar heridas,
o calmar picaduras de hormigas
coloradas, tábanos y avispas,
o como bálsamo de ñañas

—cuando aquella rodada,
pa, le hizo ver estrellas
en pleno día y sacó cascaritas
de sus rodillas.

La tierra de los remedios
—anotaba con lapicera fuente
en una tarjeta— también daba
el laurel común y el tártago,
los sabores de la cocina,
y las multiplicaciones del trigo.

Ésa era la sabiduría,
el secreto de las curas.

Y aunque las piezas
se corrompen y deshacen,
a pesar de las cubiertas
de papel manteca, su libro
enseña todavía la pena
por los daños del alfilerillo,
eracium malacoides,
las bolitas de paraíso,
indigestas para los cerdos,
el duraznito negro,
el clavel llamado sunchillo
y entre las gramíneas
la paragüita, “sospechosa
de ser tóxica”, advertía.



Los hermanos alemanes

Son dos gotas de agua,
mejor dicho de aceite
y grasa.
El trabajo y los años
los retocaron parejo:
gruesos, retacones,
la palidez de la cara
realzada por qué mugre
qué negros los mamelucos
y el pelo colorado, igual
que si un golpe de viento.

Los mismos callos
endurecieron sus manos
en el aprendizaje
de los misterios
que animan lo mecánico.

Hasta en la manera de ver
las cosas, como si un cable
invisible los uniera.
“Cómo anda —dice uno,
por la marcha de un Hanomag—:
Ése no nos da de comer”.
Y el otro arranca apenas
un segundo después:
“no nos da de comer”,
repite, los ojos deslumbrados
por la inteligencia del casajo.
O antes: “Cómo anda”,
y a lo mejor frena y deja
al otro seguir lo que él piensa.

Y los dos, al conversar,
inflan las mejillas
enrojecidas y tratan
de decir, con pausas,
las palabras completas,

como si tuvieran la boca
repleta de espinas.

Conocen los tractores
y las trilladoras que les llevan
desde su salida de fábrica,
vida y obra de cada máquina:
cómo anduvo en campo
con humedad o qué fuerza
para desencajar un acoplado.
Sin necesidad de salir
de la fosa, por el motor,
el temblor del piso
o la tierra que levantan.
No les resulta ajeno
nada de lo mecánico.

Bien entrada la noche
se ve luz en el taller:
los dos siguen con trapos
embardunados, y el aceite
y la grasa, como el tinte
más natural de la piel.

